

PROFESORES CATÓLICOS EN LAS ESCUELAS DEL MUNDO.

Formación, estilos, habilidades, relaciones.

WEBINAR

Lunes 17 de mayo de 2021

Vivir y enseñar las virtudes

Las virtudes al servicio de la búsqueda del bien

La educación integral e inclusiva se está convirtiendo en un punto de referencia en los proyectos educativos mucho más allá de los círculos católicos. Para su aplicación, no basta con que el profesor haya adquirido competencias pedagógicas. También debe vivir la estima de toda persona, sea cual sea su condición social, y mantener en su corazón la convicción de que toda persona, sean cuales sean sus capacidades intelectuales, tiene un lugar en la sociedad y en la Iglesia. Esto se traduce en la atención a una vida virtuosa. Ya el emperador filósofo Marco Aurelio hizo de esto una tarea esencial para todo hombre. Y San Gregorio de Nisa redefine esta tarea a la luz del Evangelio cuando dice en su comentario a las Bienaventuranzas: "El objetivo de una vida virtuosa es llegar a ser como Dios" (beat. 1).

Las virtudes pueden resumirse en las cuatro virtudes llamadas cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; son como los pivotes (cardines en latín) sobre los que se apoya la vida moral. El Catecismo de la Iglesia Católica hace una presentación de ellos basada en la reflexión bíblica y patrística (CIC n. 1805-1809). Sería interesante adaptarlos a la misión de profesor y educador, cuya deontología pueden precisar. Me gustaría proponer algunas líneas de reflexión para cada virtud cardinal.

Prudencia para discernir el verdadero bien y realizarlo

La prudencia ha adquirido una connotación negativa hoy en día, refiriéndose a la inacción o incluso a la retirada. En realidad, designa el esfuerzo de un juicio justo y recto en vista de la acción. La Biblia habla del "hombre sabio que vigila sus pasos" (Pr 14,15). La prudencia conduce a las demás virtudes al fondo de la escala indicándoles la regla y la medida.

Para el profesor, la prudencia es sobre todo una cuestión de relaciones con los demás. Cuestiona el respeto y la atención que presta a cada alumno, tanto a los disruptivos como a los más tímidos de la clase. La actitud de Cristo incita a prestar atención a esta virtud: si su corazón no hubiera estado lleno de un profundo sentido de la persona,

podemos preguntarnos si habría podido curar al problemático Bartimeo que gritaba al borde del camino, u ofrecer la salvación al buen ladrón que gritaba arrepentido en la cruz.

Para el maestro, la prudencia también cuestiona su capacidad de conducir a las personas hacia lo mejor de sí mismas y hacia el Bien. Hace que uno esté atento a la instrumentalización de la enseñanza al servicio de una ideología o de opiniones personales. Para el profesor católico, se trata de conducir a Cristo y a su Evangelio con humildad y respeto a la libertad de las personas. La actitud de Cristo puede ser también aquí desafiante: su enseñanza sobre el Reino y toda su persona se referían a Dios, su Padre. Se reveló como siervo e Hijo de Dios y así lo afirmó en su testamento la víspera de su muerte: "El que me ha visto a mí ha visto al Padre" (Jn 14,9).

Justicia para dar a Dios y al prójimo lo que les corresponde

La justicia no consiste principalmente en analizar y juzgar las situaciones, sino en saber ajustarse a Dios y a los demás, para darles el lugar que les corresponde.

La justicia hacia Dios significa reconocer a Dios como Dios, por lo que es, y desarrollar así el sentido de la oración. La justicia hacia los demás significa preocuparse por la equidad y el bien común.

La respuesta de Jesús al joven rico educa el sentido de la justicia. A la pregunta sobre cómo recibir la vida eterna, Jesús responde "sólo Dios es bueno", invitando al rico a poner en orden su vida y a colocar a Dios en el lugar que le corresponde, es decir, en el primer lugar como origen y fundamento de la vida. A continuación, Jesús invita a obedecer los mandamientos y a seguirle viviéndolos en la radicalidad del amor a Dios y a los demás (cf. Mc 10,17-22).

Para el profesor católico, la justicia significa también desarrollar el sentido de la Iglesia como lugar donde Dios se revela al mundo y donde cada cristiano puede profundizar en su relación con Dios y con los demás según su vocación y estado de vida. La justicia cuestiona así su vínculo afectivo y efectivo con la Iglesia. Al principio del libro del Apocalipsis, se mencionan las cartas que San Juan está encargado de dirigir en nombre de Cristo a las siete iglesias que representan a toda la Iglesia. En conclusión, Cristo recuerda la profunda identidad de la Iglesia como lugar de comunión con Dios y entre los hombres: "He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a cenar con él, yo con él y él conmigo" (Ap 3,20).

Fuerza para responder fielmente a su misión

La fuerza no se refiere a las hazañas o a los actos espectaculares, sino a la firmeza ante las dificultades, ya sean relacionadas con las limitaciones personales o con los obstáculos externos. Revela que las grandes cosas no suelen conseguirse en lo espectacular, sino en lo ordinario.

Para el maestro, la fuerza significa, pues, fidelidad en su misión. Y para el creyente, proviene directamente de su apego a Cristo. En su discurso de despedida en el

Cenáculo, Jesús invita a sus discípulos a confiar en su victoria sobre los poderes del mundo que se oponen a Dios y a su plan de salvación: "En el mundo seréis afligidos, pero tened valor. Yo he vencido al mundo" (Jn 16,33). A esta llamada al valor le sigue, en Pentecostés, el don del Espíritu Santo que purifica y fortalece los corazones. Las lenguas de fuego significan que el Espíritu es como el fuego que arde en los corazones de los discípulos, del propio amor de Dios, más fuerte que el mal y la muerte. Y el viento por el que se manifiesta el Espíritu es como el soplo que los une a la vida de Cristo resucitado y los conduce desde la casa donde se escondían al vasto mundo para servir fielmente al Evangelio.

Templanza para unificar la vida

Es interesante observar la ampliación del significado de la templanza en la tradición bíblica. En el Antiguo Testamento, la templanza se refiere al control de las pasiones: "No cedáis a vuestras lujurias; reprimid vuestros apetitos" (Si 18,30). Y en el Nuevo Testamento, se convierte en sinónimo de moderación y sobriedad: San Pablo nos invita a "vivir con moderación, justicia y piedad en el mundo actual" (Tito 2:12).

Para el maestro, la templanza cuestiona su enseñanza y su testimonio de equilibrio y unidad de vida. Esto afecta a las cuestiones del ritmo de vida y la atención a todas las formas de dependencia, pero también a la educación integral que articula fe y razón, enfoques religiosos e intelectuales.

Para el maestro católico, la templanza como equilibrio y unidad de vida, remite al bautismo que confiere a la vez una identidad, la de cristiano, y una misión, la del servicio del Evangelio. Si Dios está vinculado a cada ser humano, el Bautismo lo afirma y realiza explícitamente. Permite al bautizado acoger personalmente la Palabra que Dios dirigió a Jesús en su Bautismo por Juan: "Tú eres mi hijo amado; en ti me alegro" (Mc 1,11). La templanza para el bautizado es entonces esta virtud de equilibrio entre su consagración y su misión, entre el abandono a Cristo y la inversión en el trabajo.

Las virtudes al servicio de la santidad

La práctica de las virtudes puede parecer exigente e incluso inaccesible. Meditando la vida de Cristo encontramos un modelo y acogiendo la obra del Espíritu Santo en nosotros encontramos apoyo. De este modo, cada uno puede practicar las virtudes según su vocación y sus responsabilidades educativas. Fiel a la oración y a los sacramentos, podrá avanzar en el camino de la santidad manteniendo el deseo de conocer la luz de la verdad y de experimentar la alegría de amar.

+Vincent Dollmann
Arzobispo de Cambrai
Asistente eclesiástico UMEC-WUCT